

## Alejandro de Humboldt y la Independencia de México

ELÍAS TRABULSE

A María Águeda Méndez

En el año de 1811 el editor, publicista y periodista español Juan López de Caceres publicó en Cádiz un violento panfleto donde atacaba al movimiento de independencia que había estallado en la Nueva España el año anterior. Como acérrimo defensor que era de los derechos de dominio de la Corona española criticó ferozmente a los criollos que habían iniciado la revolución, pero también dirigió sus baterías contra el virrey don José de Iturrigaray que, según él, había propiciado con su conducta y sus medidas poco atinadas, el movimiento de insurrección. Pero no sólo acusó al infiel virrey de traición a la monarquía, sino que además extendió su censura contra todos aquellos que habían propiciado la rebelión y entre éstos señaló con acrimonia al barón Alejandro de Humboldt, quien había visitado el virreinato entre 1803 y 1804 y había sido colmado de favores por Iturrigaray. López de Caceres afirmó que había conocido a Humboldt en México, que era un viajero joven y ligeramente frívolo y que sus capacidades científicas no eran tan grandes como se había afirmado. Pero añadía algo más: según él había sido Humboldt quien, al difundir en México en forma por demás indiscreta antes de partir testimonios sobre la situación económica, política, social y militar del virreinato, que la Corona consideraba confidenciales y aun secretos, había inflamado la imaginación de los criollos, quienes habían concebido a su país como un lugar de feracidad y riqueza inagotables, explotado injustamente por los españoles desde hacía casi tres siglos. Y era claro que, en

su diatriba, no le faltaban motivos a López de Caceres para la censura, pues no hacía sino denunciar lo que Bustamante, Talamantes, Mier, Fagoaga y otros en México, o Caldas en Nueva Granada, opinaban acerca de la dominación española en América y la forma en la que concebían lo que ellos denominaban el "abominable despotismo" que los había subyugado y explotado en ese largo periodo.

La invectiva de López de Caceres pone de manifiesto la evidente preocupación de la Corona por los resultados del viaje de Humboldt por la América española, sobre todo después de 1808, año en el que comenzó a publicarse *el Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*. Pero es quizá en el juicio de residencia que las autoridades peninsulares le siguieron a Iturrigaray donde mejor se pone de relieve la actitud de la Corona ante el controvertido viaje del barón alemán. Como es bien sabido Iturrigaray debía responder no sólo a los cargos habituales de todo juicio de residencia, sino que también tenía que defenderse de los graves cargos de infidencia y traición al rey. En el alegato acusador el fiscal señalaba —entre otros agravantes de la conducta del ex virrey— el haber permitido que extranjeros recorrieran el virreinato y el de haberles proporcionado, o dejado que consultaran, documentación reservada e incluso secreta, y el ejemplo que citaba expresamente era el de Humboldt.

En su defensa Iturrigaray dijo:

que el Barón de Humboldt fue un mero literato y un viajero que no residió en México, el cual, por sus extraordinarias calidades, tuvo un acogimiento amplísimo de las

gentes de primer orden. Cree siempre se dijo llevaba licencia, y lo cierto era que había ido de otro reino.

Acaso esta respuesta evasiva de Iturrigaray explique el porqué en los archivos del virreinato que se conservan en México y en España sea tan evidente el silencio documental y la ausencia de testimonios acerca del viaje de Humboldt y Bonpland por el reino de la Nueva España.

Todo esto nos permite acercarnos al significado que tuvieron las *Tablas geográficas-políticas* que Humboldt entregó al virrey el 3 de enero de 1804, y cuál fue su destino desde ese momento y hasta 1808 en que aparece en *Ensayo*, del cual las *Tablas* fueron el núcleo fundamental. Es claro que este hecho ha opacado la importancia histórica que tuvieron las *Tablas* entre 1804 y 1808 ya que, al ser consideradas solamente como el antecedente del *Ensayo político*, se les relegó a una especie de limbo histórico en el cual moraron pasivamente durante cuatro años antes de convertirse en esa gran obra sobre México que es el *Ensayo*. Sin embargo esto dista mucho de ser históricamente exacto. En la Nueva España circularon numerosas copias que sin duda alentaron las expectativas criollas sobre las potencialidades de su patria. Carlos María de Bustamante intentó publicarlas en 1807 en el *Diario de México* pero su iniciativa se vio truncada por la censura personal que Iturrigaray ejerció sobre el periódico; y en el virreinato de la Nueva Granada Francisco José de Caldas, con mejor suerte, logró que vieran la luz en su *Semanario científico*.

Pero no toda su difusión quedó restringida a la América española. En Europa Humboldt fue un activo propagandista de las *Tablas* y en diversas cartas a amigos y editores manifestó repetidamente sus deseos de publicarlas, tanto por la importancia misma del documento como por razones financieras personales, ya que desde 1805 hasta 1809 Humboldt y su

hermano se vieron seriamente afectados en sus intereses económicos al quedar congeladas las rentas de sus propiedades en Polonia, que eran su fuente más importante —y en esos años casi la única— de ingresos. Fue por estas causas que durante su estancia “obligada” en Berlín en 1806 entregó a la misión inglesa que llegó a esa ciudad para establecer una alianza anglo-prusiana contra Francia, las *Estadísticas de México*, que es el nombre con el que Humboldt denominaba a las *Tablas*. En una carta de principios de 1806 dirigida a su amigo Marc Auguste Pictet le decía que por esa obra debían pagarse entre seiscientas y ochocientas libras, “porque —decía Humboldt— pidiendo mucho lo valoran más”. Y en esa misma carta, un poco más adelante, ya puesto en la vena financiera, escribió:

No hay que pedir demasiado poco, y esta estadística debe convertirse en nuestra mina de oro; me parece mejor 1500 que 800 libras. También incluiría el canal proyectado entre el Mar del Sud y el Océano Atlántico cerca de Tehuantepec. Con esto ya estoy bastante forrado, sin perder nada de mi gran viaje.

No es de extrañar entonces que uno de los miembros de la misión inglesa, Mr. Hammond, valorara las *Tablas* en mil libras, pues es evidente que pronto se percataron los británicos de su importancia comercial y militar. Sobre este punto conviene señalar que varios de los miembros de la misión con quienes Humboldt se entrevistó eran personalidades prominentes del almirantazgo inglés —concretamente Lord Harrowby y Lord Gower— quienes eran cercanos al primer ministro Pitt y, sobre todo, a sir Arthur Wellesley, futuro duque de Wellington, de tal forma que no sería improbable que en la proyectada y fracasada expedición inglesa de 1808 para invadir México, y que



Miguel Ángel Alamilla, *Enredadera*, 2000, tinta y grafito/papel, 56 x 19 cm

estaba encabezada por Wellesley, hayan tenido cierto peso las consideraciones económicas y militares esbozadas por Humboldt en las *Tablas*. Los datos que ahí aparecían sobre el comercio exterior de México eran reveladores; e Inglaterra vio con preocupación cómo, por causa de la guerra con España y Francia, el comercio marítimo mexicano estaba, en un gran porcentaje, siendo controlado por las naves neutrales de los Estados Unidos en visible detrimento de los buques mercantes británicos.

Por otra parte de lo que no cabe ya dudar

es de la simpatía que el barón alemán tuvo desde 1811 por los movimientos insurrectos de la América hispánica; y si bien en el *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España* nunca opinó abiertamente a favor de la emancipación, sí denunció con energía y sin restricción alguna el sistema colonial opresivo que agobiaba al virreinato novohispano. Su crítica llegó a ser profunda y en muchos aspectos, sin duda, incluso subversiva. Sin embargo, después de 1811 sus simpatías no se ocultaron más, y a fines de ese año le manifestaba en carta a Jefferson su preocupación por lo sangriento de la lucha y por los odios desencadenados entre los diversos estamentos de la sociedad colonial. Todos estos hechos, y sobre todo la muerte de su amigo el ecuatoriano Carlos Montúfar, fusilado por los realistas, explican que a través de Bonpland externara sus simpatías a los emigrados hispanoamericanos que conspiraban en Londres para impulsar las rebeliones armadas que en esos años incendiaban el imperio hispánico de América. Los archivos secretos de Bonpland, de los cuales se ha publicado una parte en cuatro volúmenes, y el resto permanece inédito, revelan el apoyo de ambos viajeros a los movimientos emancipadores, desde el envío de una imprenta a los

insurrectos de Buenos Aires, hasta el cuantioso apoyo financiero de veinte mil libras que en 1814 enviaron a Simón Bolívar. Es quizá en este contexto que debemos situar un fragmento revelador del *Ensayo político* donde Humboldt, veladamente, asienta los elementos que pocos años después conducirán a México a la guerra de independencia de España. Ésta es su descripción:

De unos veinte años acá, los establecimientos españoles y portugueses, del Nuevo Continente han experimentado variaciones muy notables en su situación moral y política; y la necesidad de instruirse y de adquirir conocimientos ha sido consiguiente al aumento de la población y de la prosperidad pública. El comercio libre con los neutrales, que la fuerza de las circunstancias obligaba a la corte de Madrid a conceder de tiempo en tiempo a la isla de Cuba, costa de Caracas y puertos de Veracruz y Montevideo, ha puesto a los colonos en relaciones con los angloamericanos, franceses, ingleses y daneses. Los colonos mismos han adquirido ideas más exactas acerca del estado de la España comparado con el de otras potencias europeas; y la juventud americana, sacrificando una parte de sus preocupaciones nacionales, ha tomado una predilección manifiesta a favor de las naciones cuya cultura es superior a la de España. En tales circunstancias, no debemos extrañar que las alteraciones políticas ocurridas en Europa desde 1789 hayan excitado el más vivo interés en unos pueblos que mucho tiempo antes aspiraban ya a gozar de varios derechos cuya privación es a un mismo tiempo obstáculo para la pública prosperidad, y motivo de resentimientos contra la Madre Patria.

Es en este contexto donde debemos entonces situar, para revalorarlas, a las *Tablas geográficas-políticas* que en 1804 Humboldt legó a México, como testimonio de su afecto por un país generoso que lo había recibido descubriéndole muchos de sus secretos; y el primer resultado de ese encuentro fue precisamente esa obra, y acaso no sea aventurado afirmar que fue en ese año de 1804 y a partir de ella que cristalizó sólidamente la creencia, en cierta medida mítica, de la riqueza fabulosa e inagotable de México. ♦